

INTERIOR CERO

LAVINIA BRANIȘTE

TRADUCCIÓN DEL RUMANO Y NOTAS
DE BORJA MOZO MARTÍN



TÍTULO ORIGINAL: *Interior Zero*

Publicado por
AUTOMÁTICA
Automática Editorial S.L.U.
Avenida del Mediterráneo, 24 - 28007 Madrid

info@automaticaeditorial.com
www.automaticaeditorial.com

Copyright © 2016, 2018 by Editura POLIROM

© de la traducción, Borja Mozo Martín, 2022
© de la presente edición, Automática Editorial S.L.U, 2022
© de la ilustración de cubierta, Carmen Casado, 2022

Derechos exclusivos de traducción en lengua española para todo el mundo:
Automática Editorial S.L.U.

ISBN: 978-84-15509-76-9
DEPÓSITO LEGAL: M-8480-2022

Diseño editorial: Álvaro Pérez d'Ors
Composición: Automática Editorial
Corrección ortotipográfica: Automática Editorial
Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición en Automática: abril de 2022

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización de los propietarios del copyright, bajo las sanciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluyendo la reprografía y los medios informáticos.

INTERIOR CERO

LAVINIA BRANIȘTE

TRADUCCIÓN DEL RUMANO Y NOTAS
DE BORJA MOZO MARTÍN



A mi madre.

«No es que sea un entusiasta del trabajo, lo que pasa es que los de mi equipo son unas máquinas de currar y tampoco es plan de desentonar, así que por ahora he adelgazado 8 kilos. Es raro... me noto el esqueleto. Igual es que tengo la caja torácica más grande de la cuenta, ¡vete tú a saber! Llego a Ru. el 2 de noviembre. ¿Será que no nos enteramos de qué va la vida, Lavi?».

Mensaje privado de Facebook del poeta Vasile Leac
Octubre de 2014

Salimos de la oficina a eso de las nueve.

Baja las escaleras a lo loco —«un poco más y se cae rodando», pienso mientras la miro desde mi sitio al otro lado del mostrador—, cruza la recepción y lanza por encima del hombro un grito en dirección al primer piso:

—¡Señor Uuuuursu, que nos vaaaaamos!

Me ha prometido que esta vez iría con ellos. Llevo ocho meses deseando pasarme por la obra y, entretanto, ya casi han terminado el complejo. De vez en cuando pincho en el enlace de la cámara de seguridad para ver cómo marcha la construcción.

Me ha enviado un mensaje a las siete de la mañana: *Cristina, si quieres venir a la obra, abrígate bien y tráete unas botas.*

En cuanto empuja la puerta noto el frío que me sube por las piernas.

—¿Voy yo también? —le pregunto.

—¡Sí, sí, vamos!

Justo entonces le suena el móvil y, al responder, se queda sin manos con que volver a cerrar. La capa de frío va ganando altura.

Está ya en plena calle cuando digo:

—Deme un minuto, que tengo que ir al servicio.

Y al segundo:

—Timea, me marchó a la obra, ocúpate tú del teléfono.

—Vale —responde su voz desde el otro lado del biombo.

—Y tú cierra esa puerta de una vez —oigo que suelta mi compañero Paul Dobre.

Pero en esas yo ya he entrado en el servicio. Cubro la tapa del retrete con larguísimas tiras de papel higiénico, y al acabar abro el grifo del lavabo y dejo correr el agua caliente. La caldera se enciende con un golpe seco que retumba muy cerca de mi oído. Termino a toda prisa, recojo el bolso, el abrigo, y para fuera.

El coche ya está en marcha. Me encuentro al señor Ursu en el asiento del copiloto peleándose con el cinturón de seguridad. Me siento en la parte de atrás y tiro de la hebilla del mío para intentar abrochármelo, pero no atino a encajarlo, así que no tardo en dejarlo por imposible.

Ya había escuchado que al volante se acelera tanto como en la oficina y que corre que se las pela. Llevo dos años aquí y me lo han comentado varios compañeros, aunque esta es la primera vez que monto en su coche. Es pararse en el primer semáforo y empezar a llamar estúpidos a los otros conductores. En los siguientes se dedica a hablar por el móvil. Cuando estamos a punto de salir de la ciudad, pregunta:

—¿Qué vamos a hacer con tanto loco, señor Ursu?

Después me clava la mirada a través del retrovisor y anuncia:

—Verás tú ahora el circo que se monta allí. Siempre igual.

Trabajo de secretaria en una empresa de ingeniería civil. Me cogieron por los idiomas, porque por lo demás no doy el perfil. Resulta que la chica que ocupaba mi puesto era una conocida que estuvo de baja por maternidad y luego se marchó al extranjero. A mi jefa no le dio tiempo a poner un anuncio, y como ella me conocía y sabía que estaba buscando algo, antes de marcharse me recomendó. Durante la entrevista, mi jefa me preguntó por los huecos que aparecían en mi currículum. Había ocultado mi segundo máster, el proyecto de tesis doctoral que abandoné al cabo de tres años y mi otra carrera, en la que aguanté dos cursos.

—¿Qué has estado haciendo todo este tiempo?

—Colaborar con algunas editoriales.

Aquello la asustó:

—Espero que seas consciente de que aquí lo que vas a traducir son contratos y pliegos de condiciones, nada de cuentos.

Tardó más de un mes en decidirse.

Al final, me aseguró que le había parecido una persona «positiva» y me llamó para un cursillo de formación de dos semanas. Era diciembre. Nada más terminar el cursillo llegó la Navidad y, de repente, me vi pensando en un disfraz para la fiesta de la empresa.

Hace algo más de un año, cuando firmó su primer proyecto como contratante principal, intuyó que lo que movía dinero era la construcción. «¡Que nos hacemos constructores!», celebraba frotándose las manos cada vez que el cliente le ingresaba un millón. El caso es que siempre que me manda introducir las facturas en el sistema yo voy deslizando la uña por la pantalla del ordenador para dividir las cantidades en grupos de tres cifras, porque de otra forma no me entero bien de si lo que tengo delante son centenas, miles o millones. Cuando me toca lidiar con el dinero, me da vueltas la cabeza.

Los miércoles hay reuniones de obra desde las nueve de la mañana. Los representantes del cliente y de las subcontratas se citan en nuestra caseta, discuten, se gritan los unos a los otros y mi jefa hace lo propio con todos ellos. Está orgullosísima de ser mujer en un mundo de hombres.

—Los tiene a todos acobardados, señora Liliana —le confesó un día Mircea Negoescu, de MirConstruct, y a mi jefa se le hinchó tanto el pecho que olvidó por un momento lo mal que les habían salido los ensayos de hormigón.

Estamos construyendo un centro comercial a las afueras de Bucarest.

Al ver la hilera de todoterrenos aparcados a la entrada de la obra, piensa en voz alta:

—Menudos coches se gastan estos... Los únicos que vamos en un Dacia Duster somos nosotros.

Su marido y ella son propietarios de una cuarta parte de la empresa. El resto pertenece a un grupo español al que tiene que mantener informado de todo, cosa que la vuelve loca.

Aparcamos en medio de un lodazal. Lástima de botas.

Las obras: esos sitios donde una se siente mujer como en ninguna otra parte y por encima de cualquier otra cosa. Todos te miran con tal mezcla de curiosidad, intriga y lascivia que incluso te da por preguntarte si les pasa algo, hasta que recuerdas que solo eres una mera aparición imprevista que despierta cierto interés, aunque casi mejor no saber de qué tipo exactamente. Ah, perdón, que soy una tía... ¡Pues mira tú qué bien! Me horroriza pensar que Mona, la directora de proyecto, se ha tirado todo el verano paseándose por aquí en pantalón corto. De hecho, fue ella la que pidió venir sola a la obra, y la verdad es que aquellos días sin su presencia en la mesa durante la comida me supieron a gloria.

Ya están todos en la caseta de las reuniones. Mi jefa me manda a dar una vuelta por el terreno, pero antes quiere enseñarme dónde puedo hacerme con un casco. Le pide a Mona las llaves de su caseta y, al abrir la puerta, nos llevamos una bofetada de calor. Lo primero que hace nada más entrar es apresurarse en apagar el radiador eléctrico.

—¡Y dale con dejarlo encendido sin necesidad! Mira que le tengo dicho que no hace falta tanto calor aquí.

Encima del escritorio ha dejado un montón de papeles desordenados, una botella de Coca Cola Zero con pinta de estar pasada, y una foto en la que aparece junto a Claudiu montando en elefante, de cuando fueron a Tailandia hace unos meses. Están sentados uno a cada lado del pobre bicho en unos asientos improvisados sujetos a unas cuerdas por debajo de su barrigota, mientras el cornac, un muchacho delgaducho montado a horcajadas en el cuello del animal, se apoya en su inmensa cabeza. A Mona se la ve sonriente, pero Claudiu

está exageradamente inclinado hacia un costado con cara de pánico. Por lo que sé, esa manía de cabalgar sobre distintos animales exóticos cuando están de vacaciones por alguna isla es cosa de ella. Él se limita a someterse a su voluntad, aunque esta última vez Mona nos ha reconocido que también tuvo miedo. Por lo visto, el muchacho los estuvo paseando por el bosque durante media hora y, de vez en cuando, el elefante tropezaba. «¿Os dais cuenta?», se indignaba, «si llego a perder el equilibrio y se me cae encima, ¡adiós muy buenas!».

—Menudo desastre de despacho —sentencia mi jefa.

Se ve que han fregado, pero hay rastros de barro en el suelo. Los miércoles viene la señora Oara, la de la limpieza. A la oficina acude dos veces por semana, un par de horas, y le han pedido que se pase otro par por la obra. En cuanto tiene ocasión, la mujer se me queja de lo difícil que le resulta caminar por todo ese barro con las botas puestas y meter las manos en la pila helada, porque allí no hay agua caliente. Además, Mona no le deja la llave del servicio de señoras, así que no le queda otra que entrar en los de los obreros. El de señoras es solo para ella.

El caso es que friega el suelo de los barracones, pero antes de que se seque siempre entra alguien y lo pone todo perdido en un momento. Luego mi jefa la regaña por extender el agua llena de barro, sin reparar en que si la tira tiene que volver a sacar los trozos de hielo de la pila y dejar que se derritan en el cubo para dar otro repaso.

—No te vayas tú a creer que a mí me sale a cuenta —reconoce—. Yo tampoco puedo más, que no está una ya pa estos trotes.

No le queda nada para jubilarse.

Cada dos o tres semanas, Mona le da plantón y la deja tirada en el aparcamiento del supermercado. Pasa de que le apeste el coche a gitana. La señora Oara viene de un pueblo de las afueras, en la otra punta de Bucarest, y como la línea del microbús que la trae por las mañanas tiene poquísima

frecuencia, no le queda más remedio que coger el que la deja en la puerta del súper a las siete y media y esperar allí hasta las ocho a que Mona la recoja de camino a la obra.

Al principio protestó: no era su obligación llevar a «esa», pero mi jefa la puso en su sitio, y sospecho que además debió de prometerle alguna recompensa, por pequeña que fuera, porque Mona no mueve un dedo gratis. Aun así, todavía hay días en que se hace la despistada y deja allí a la pobre mujer, que al cabo de un rato esperando echa a andar hacia el tranvía.

Mi jefa estira los brazos hasta lo alto de un armario y me tiende un casco de los que le envió Álvaro Moreno por correo desde España después de venir de visita y ver que nuestros empleados los tomaban prestados de los de las subcontratas. A Moreno le preocupa mucho la imagen. Vive obsesionado con la página web del grupo y el boletín de información.

Nunca he llevado un casco de obra. Es una pasada lo poco que pesa. Me lo coloco encima del gorro de lana y mantengo el cuello erguido por miedo a que se me caiga. Enseguida empiezo a sentir una extraña alegría, como quien va de feria. La verdad es que me encantaría hacerme una foto con él puesto, pero me abstengo.

Cierra el barracón a mi espalda y se marcha a la reunión. Hoy se darán prisa en terminar, que a las once y media viene Carolina. No sé exactamente quién es, pero sí que viene de parte del cliente. Una italiana que vive en España y se encarga del *marketing*, o algo por el estilo. Mi jefa la llama «señorita Carolina» para no ofenderla porque, a pesar de tener sus buenos cuarenta y pico años, no lleva alianza.

—Allí hay una entrada, aunque también puedes meterte por aquella parte, por donde la mercancía —ha apuntado Liliana antes de irse, dibujando con ambas manos un amplio gesto que abarca la gigantesca mole.

Once mil metros cuadrados. Lo sé por los montones de documentos que he traducido.

Me lanzo yo sola hacia la puerta más cercana. Ni un mísero caminito. Miro desesperada a mi alrededor a ver si veo algún tablón de madera o alguna piedra. Tengo la impresión de que varias personas me están observando desde uno de los márgenes secos del terreno. Avanzo entre resbalones por la pista de barro pastoso. Ya me he puesto perdidos los vaqueros. Mientras trato de mirar por dónde piso, noto cómo se me desliza el casco hacia delante desde lo alto de la cabeza, por encima del gorro de lana. ¿Quién narices me habrá mandado coger el bolso? Lo sujeto con una mano y con la otra me lo alejo unos centímetros del cuerpo para mantener el equilibrio. La puerta parece a años luz de distancia. De repente me da por pensar que en algún lugar muy cercano debe de existir un caminito y que simplemente he sido incapaz de dar con él desde un principio. Yo y mi tremenda ingenuidad para todo lo que tiene que ver con el mundo real y las posibilidades que puede ofrecerme.

Me dejo abrumar por mi propia soledad en medio de ese planeta cenagoso que es la obra, hasta que en un momento dado oigo una voz:

—¡Señora!

Y de nuevo:

—¡Señora!

De golpe caigo en la cuenta de que la aludida soy yo. En cuanto despego los ojos del suelo, veo a la señora Oara acercarse a trompicones por el barro. Así que no hay caminito que valga. Perfecto.

Está radiante. Igual se alegra de encontrarse conmigo.

Es mi compañera favorita, y nuestra relación se va consolidando mes a mes a base de imprimir certificados para el hospital. Siempre acude a pedirme que le imprima uno para ella y otro para su marido, porque resulta que lo tiene incluido en el seguro y también suele andar de médico en médico. Total, que le hago el favor y hasta la acompaño a firmarlos. Luego, rara es la vez en que no me pide que le saque un par

de fotocopias de cada uno, por tenerlas, que lo mismo las necesita para otra consulta.

Un día me sorprendió mi jefa en la fotocopidora y yo me apresuré en disculparme: no eran para mí.

—¿Y para qué le hacen falta a ella tantas copias? Que no me entere yo que se las vuelves a hacer, ¿eh? ¿Qué somos, una fábrica de papel?

Cada cierto tiempo la dejo que llame a algún móvil desde la centralita. Lleva los bolsillos de la bata hasta arriba de papelitos arrugados de todos los colores con números de teléfono, algunos de ellos sin el nombre de la persona.

—¿Está usted segura de haberlo escrito bien? —le pregunto.

—Prueba con este también a ver —sugiere señalándome con el dedo otro número.

De vez en cuando me llama «chiquilla», aunque por lo visto hoy le ha parecido que soy una señora, tal vez porque le saco una cabeza. Con el casco puesto, quiero decir.

—Tenías que ir por el otro lao —me indica apuntando hacia la zona de las mercancías.

—¿Está más seco?

—Sí, han echao gravilla.

—¿La ha traído Mona?

—Sí... Pero le quería decir a la jefa que ya no vengo más. Esto está demasiao retirao, y ya no aguanto más de tanto estar allí esperando, congelada de frío.

—¿Y por qué no entra al súper para calentarse?

—¡Ea! ¿Y qué voy a hacer allí dentro? ¿Quedarme allí plantada en la puerta? No puedo, me da no sé qué.

Permanecemos las dos en silencio. Apenas llevo un minuto parada y ya siento cómo se me va enfriando el sudor a lo largo de la columna vertebral. Me pongo de nuevo en marcha hacia la puerta y ella me acompaña.

—¿Qué tal va su marido?

—¿Cómo va a ir?... Ahora anda con un catarro que no veas.

—¿No tienen calefacción en casa?

—¡Claro que sí! Echar, echamos lumbre, lo que pasa es que estuvo dando yeso donde el caballo y se desvistió, que le había entrao calor... Y mira que le dije que lo dejara como estaba... ¿Qué más le daba dejarlo hasta que entrara la primavera? Pos ya ves, hora no hago más que darle masajes.

Llegamos a la puerta. Intento abrirla, pero parece cerrada con llave.

—Tira fuerte —me recomienda mientras lo hace ella misma y consigue que la hoja ceda.

Es grande y pesada. Me pregunto si esto es a lo que se refiere el «puertas industriales» de mis traducciones. Una vez dentro, ponemos los pies sobre algo que intuyo que es hormigón pulido. Al final va a resultar que esas cosas existen de verdad.

—¡Caray, qué grande es! ¿Y aquí también limpia usted?

—¡Tú verás!

La nave es enorme y está vacía. Tiene las paredes blancas y hay obreros trabajando colgados del techo: se ve que ya han llegado a la fase de la instalación eléctrica. Llevo dos kilos de barro en cada pie y se me rompe el corazón con solo pensar en seguir adelante. Miro a mi alrededor a ver si veo algo con lo que limpiarme, pero nada.

—¿No tiene usted nada para que pueda rasparme este barro? ¿Un palo o algo?

Niega con la cabeza.

—Ea, entra así.

—No, deje, que miro desde aquí.

Como soy miope, no me alcanza la vista hasta el fondo. Vuelve a sorprenderme su tamaño. Pronto estará llena de estanterías y mercancías, y en medio del trasiego de productos, los empleados y los clientes harán retumbar el suelo a cada paso. Una maravilla de nave puesta en pie a partir de módulos

prefabricados en apenas siete meses. Una maravilla que le dará vida a la comunidad.

El alcalde ha sido generoso y muy atento con las concesiones, y ahora espera impaciente el lote de zonas verdes que mi jefa le ha prometido a una empresa de su entorno. El caso es que intentó negociar con él advirtiéndole de que otros lo harían por una tercera parte, pero mi compañero Vlad Simion, que es ingeniero de caminos y al mismo tiempo su consejero personal en cuestiones de estrategia, le susurró que estaba bien así.

«¡Otro que se trae algo entre manos!», dedujo ella nada más contármelo, antes de tirar al suelo lo primero que pilló y advertirme de que no se me ocurriera comentar nada a los demás. Luego terminó por reconocerme que también se había tenido que tragar la empresa de seguridad por voluntad del alcalde.

Tengo la boca sellada. Me esfuerzo por no dar ninguna opinión más de la cuenta y centrarme en mis tareas en la recepción y en la centralita. Soy una tumba a la que todos acuden para verter sus quejas.

—Casi mejor me doy la vuelta y vuelvo por el caminito aquel que me ha recomendado usted.

La señora Oara abre la inmensa puerta de un empujón, sale delante de mí y la mantiene sujeta. Nos detenemos ambas en el cuadradito de hormigón de la entrada a contemplar el lodazal. Brilla el sol, pero hace frío. Probablemente vuelva a helar por la noche. Me muero de ganas de que nieve por Navidad y de ver los copos recién cuajados, antes de que se ensucien. En poco más de una semana, el viernes que viene, tenemos la fiesta de la empresa. Cuesta doscientos lei alquilar un disfraz, y la mera idea me resulta tan odiosa que prefiero apartarla de mi cabeza.

—Va a ser mejor que vuelva a la caseta.

Miro la hora y calculo cuánto tiempo me llevaría regresar a la ciudad yo sola en transporte público. Un microbús, un

tranvía y una estación de las largas en metro. Está claro que llegarían ellos antes que yo.

De la caseta sale un tipo dando un portazo y, al segundo, otro corriendo detrás de él. El señor Ursu asoma por la puerta y echa un vistazo al exterior con la mano en la frente para darse sombra. Lo más seguro es que el circo esté en plena ebullición, que se estén gritando los unos a los otros y ella los esté poniendo firmes a todos. Cuando tiene el estómago vacío se irrita más fácilmente, por eso antes de cada reunión se coge algo de comer.

Al principio sentía mucha admiración por ella y me creía todas las patrañas que me contaba: que si todos estaban locos; que si eran unos corruptos y no querían más que robarle, pero que ella se peleaba con quien fuera; que si este era un país de idiotas y de machistas, y que por eso su marido figuraba como director general y ella como directora adjunta, porque al parecer todo suena mejor si el director es un hombre...

A cambio del sueldo de director, su marido se encarga de ir a correos y de reponer el papel. Eso sí, nunca antes de que nos hayamos quedado sin un solo folio. Él es quien riega todas las plantas de la oficina y quien me ayuda a recoger el contenedor después de que haya pasado el camión de la basura.

Me habría gustado tener unos padres como ella, unos padres que me inspiraran fortaleza.

Después me di cuenta de que toma a todo el mundo por tonto, incluso a mí. Seguramente se lo dice a su marido tan pronto salgo y cierro la puerta de su despacho, y se quedan solos comentando. Aun así, seguí admirándola incluso tiempo después de haber empezado a temblar cada vez que me encontraba una llamada interna y veía en la centralita que era ella. Que me llamaba. Que tenía que cumplir. Que quería pedirme un favor. Así lo pide todo, como «un favor»: hazme el favor de hacer, hazme el favor de ir, hazme el favor de darte prisa, que es urgente.

Pero cuando me hizo daño de verdad fue aquella vez que estaba enfadada con Moreno porque le había sacado dinero

de la cuenta, porque estaba loco, porque a saber en qué estaría pensando, porque quería destruir nuestra delegación y ahora ya no nos daba ni para pagar los sueldos, porque era un idiota y un cretino y otra cosa no podía ser, porque era un don nadie, un niño huérfano criado en una familia desestructurada. ¿Cómo iba a estar en sus cabales, habiendo crecido en la calle, solo con su madre?

Yo también crecí sola con mi madre.

Cuando quiere insultar a Moreno, asegura que Ramírez es su amante.

«Yo soy como tú —me confesó Ramírez por teléfono directamente en español un día en que le insistí para que me diera el número de registro de una factura interna—, me limito a hacer lo que me dicen. Y en este caso, el señor Moreno aún no me ha dado la autorización».

Ramírez es el asistente de Moreno.

Mi jefa odia a los españoles. Y a los judíos, a los húngaros, a los homosexuales, a todas las secretarias, a todos los funcionarios, a todos esos obreros gitanos de Dinamic... Y cómo no, también a la «mierda de abogada» del cliente. Una mierda de veintiséis años.

Me paso ocho horas al día sintiendo en los músculos las toxinas acumuladas en este lugar al que he ido a parar buscando un poco de tranquilidad, un sueldo estable, si acaso una hipoteca y un trayecto matutino en metro, como todo hijo de vecino. O sea, vivir con prisa. Tener yo también algo que perseguir por las mañanas.

—Igual acabas encontrando un ingeniero —me sugiere Otilia, mi mejor amiga, que por otra parte no deja de repetirme, para consolarme (a mí, y de paso a sí misma), que el amor es un constructo cultural y que la humanidad se extinguirá como especie antes de haber encontrado la manera de huir de la Tierra.